



Situación educativa

Viene de la anterior

Los hogares de Bogotá destinan el 28% de sus ingresos a satisfacer las necesidades básicas de nutrición, en Chapinero el 8% y en Ciudad Bolívar el 64%.

En los hogares

Los resultados se observan a través de los indicadores de analfabetismo, como expresión de las dificultades de acceso y retención hasta consolidar las habilidades básicas y de escolaridad promedio alcanzadas.

Analfabetismo

410 mil bogotanos mayores de 15 años (12%) no están en capacidad de enfrentar el mundo moderno, lo que equivale a sumar las poblaciones de Usaquén y Chapinero.

Figuran como analfabetos puros el 2.4%. Santa Fe 4.8% y Ciudad Bolívar 4.6%. Como analfabetas funcionales, quienes habiendo accedido al sistema tienen una escolaridad menor o igual a 3 años. 17% se encuentran en Ciudad Bolívar, 16% en Usme, 10% en Tunjuelito y Kennedy. En número absoluto (146 mil personas) se concentran en Kennedy, Ciudad Bolívar y San Cristóbal.

El nivel de analfabetismo y su relación con el NBI de los hogares ratifica la estrecha relación entre educación, pobreza y desigualdad. El analfabetismo funcional tiene gran influencia sobre la inasistencia escolar.

Escolaridad de los hogares

En 1991 era 7.7 años. Los extremos por localidad son Teusaquillo con 11.3 años y Ciudad Bolívar con 5. A su vez, la escolaridad más baja por localidad y nivel de ingreso está en Ciudad Bolívar con 3.9 años si reciben menos de un salario mínimo.

En 1996 es 7.8 años. En 7.5 en los hogares que reciben menos de un salario mínimo y 13.6 en los que reciben más de 20.

El ritmo de crecimiento de la escolaridad de los hogares de Bogotá entre 1985 y 1993 es de 6.8 %, mayor en los hogares de ingresos bajos y altos y menor en los de ingresos medios. En general, el ritmo de crecimiento es menor al nacional (41%).

“Érase una, dos... y mil veces La Candelaria”

Erasede una, dos... y mil veces La Candelaria es un proyecto pedagógico y cultural que se ha construido desde hace algo más de tres años con el apoyo de la Corporación La Candelaria y el Instituto para el Desarrollo de la Democracia Luis Carlos Galán. Inicialmente la propuesta fue un trabajo con los niños-as, maestros-as y padres de familia con el objetivo de entender lo que pasaba con la convivencia ciudadana y la relación entre escuela y comuni-

y recorrer, de sentir y presentir todo cuanto les rodeaba.

Pero ¿para qué contar la historia? Para provocarnos con cada movimiento, canto y vestuario; para remover en nosotros entre ires y venires, presente y pasado, pasado y presente, la nostalgia; para recordarnos la necesidad de revivir el deseo de sentir que pertenecemos a un espacio que es la ciudad y que en ella aún se encuentra, aunque algunas veces no se perciba como en realidad queremos, fuertes lazos con nuestra comunidad, con su gente.

Y aparecen, entonces, en medio de la oscuridad de una sala de teatro los espacios, lugares y situaciones cotidianas recreados que nos recuerdan nuestras riquezas. El Chorro de Quevedo, la Plaza de Bolívar, el Salto del Tequendama, los “héroes”, no tan perfectos como suelen hacernos creer; los fantasmas, como los cómplices y amigos ideales; la escuela, la del siglo XIX que, aunque algunos no lo crean, algo ha cambiado, porque ellos mismos, durante la obra, lo confirman. Entre una escena y otra las risas se escuchan, todo es real, es nuestra historia sobre la creación del mundo y los

mitos, la representación de los que llamamos criollos y españoles, la época de la independencia, las diversiones de los bogotanos en el siglo pasado. ¡Que lindo! Parecía estar escuchando a los abuelos contar esas historias de paseos a tierra caliente, de apreciar una obra de teatro, de las visitas dominicales a la iglesia y, de vez en cuando, como dicen con algo de picardía, una bailadita al son de pasillos, bambucos o un pasodoble y, casi con envidia, recordar los juegos que muchas veces recuperamos en esta inmensa ciudad: el trompo o el turmequé. Y Bogotá era pequeña y muy fría, di-

cen los abuelos con algo de humor que quizá después por la cantidad de gente empezó a calentarse. Luego aparecen todas esas cosas que hicieron de la ciudad lo que muchos llaman “una ciudad moderna”, llegan el avión, el teléfono, el tranvía y unos pocos automóviles, para algunos, casi como un atentado contra la integridad física. “En Bogotá muchas cosas curiosas ocurrieron”. Después, la violencia se apodera de muchas regiones del país. Empieza entonces el desplazamiento de los cam-



Los Fantasmas de La Candelaria

dad. De allí surgieron seis subproyectos de reflexión y creación, dentro de los cuales figura este montaje teatral realizado con los escolares de las instituciones educativas de la localidad. Continuó entonces la revolución. Un buen número de gatos y gatas, 22 gatitos y gatitas, como se llaman, encontraron la forma de contar nuestra historia, la de la ciudad y sus habitantes. Acercarse a ella fue encontrarse olfateando los lugares, saboreando manjares, palpando objetos, recorriendo las calles, trepando los tejados, observando. Entonces, vieron el horizonte y sus ojos se encontraron ávidos de conocer

pesinos. Y en la capital, producto de esas riñas políticas ocurre lo que se llamó el “bogotazo”. Desde entonces, y hasta ahora, muchas cosas tenemos para recordar como parte de nuestra historia, individual y colectiva, todo eso y más lograron despertar esos 22 gatitos y gatitas que estuvieron en escena y que contaron con el apoyo de aquellos, quienes confundidos entre el público, también les observaban. Para todos, como un preámbulo, aunque largo y quizá motivado por la emoción, está la invitación para apoyar y disfrutar de este proyecto.

